

que el mariscal prefirió disolver ese cuerpo y dar armas y corceles á soldados más adictos. Nos agregaron á la división 20a., mandada por el general Lagrange. El general Richard mandaba la 8a.

Aquella noche supimos que el emperador acababa de llegar á Vitry. El mariscal se encaminó allá á todo galope, seguido de sus ayudantes. Buchery estaba loco de contento.

—Ya está ahí—decía.—Ahora empieza lo bueno, y estamos en primera fila.

Al amanecer del día siguiente comenzó el movimiento de tropas alrededor nuestro y todo el día se oyó el cañoneo por la parte de Saint-Dizier; pero no vimos ningún soldado enemigo. El ejército que se movía eran las tropas del duque de Bellune y la guardia joven mandada por el mariscal Ney, que nos precedían y acababan de tomar la población á las fuerzas rusas dirigidas por Lans-



kol. Formamos en la retaguardia y llegamos aquella noche á Saint-Dizier, donde permanecimos relativamente tranquilos durante las jornadas del 28 y 29, oyendo siempre cañonazos lejanos, y esta vez por el lado de Brienne. El mariscal con parte de su ejército había marchado á Vassy, dejándonos en Saint-Dizier con el general Lagrange.

El día 30 se presentó ante la población el cuerpo del ejército prusiano de York, según me afirmó Buchery, pues habiéndose replegado Lagrange sobre el grueso del ejército del mariscal, yo no llegué á ver ningún prusiano, porque mi batallón marchaba al frente de su columna. Pero alrededor nuestro, el arroteo de fusil y de artillería era incesante y se sentía en todas partes. Por el lado de Saint-Dizier, donde nuestra retaguardia chocaba con el enemigo, y por el frente, hacia Vassy, donde el mariscal era atacado por Wittgenstein. Ese ruido me irritaba los nervios y á cada descarga me estremecía.

—¡Ah! ¡Goloso!—decía Buchery.—No puede dominar la impaciencia; pero déjese estar: que somos uno contra diez, y habrá para todos.

Blamisset ya no cantaba.

En el momento que entrábamos en

10

Vassy, las tropas del mariscal se replegaban, evacuando las alturas del frente del pueblo, donde se habían hecho firmes para proteger nuestro avance. A la noche nos retiramos sobre Montierender, de donde salimos el 31 por la noche para Brienne-le-Chateau por Anglus y Soulaines.

Desde el 28 llovía á torrentes; los caminos estaban deshechos con el paso de las tropas, que surcaban el país, y nosotros andábamos chapaleando en un fango espeso.

Ibamos á vanguardia con un batallón del 32 de ligeros. Nos precedían unos jinetes del 16 de húsares, explorando el camino. Cuando nos acercábamos á la aldea de Soulaines, vimos que se levantaban en los estribos como para mirar á lo lejos y que de pronto salían á todo galope, desenganchando las carabinas de los mosquetones. Al mismo tiempo se oyó en la población un vivo fuego de fusilería.

—“Al paso gimnástico! ¡Adelante!”—gritó Buchery, desenvainando su espada.

Hubiera yo dado un imperio por poder quedarme atrás; pero él tenía la vista fija en mí, y tuve que ponerme á correr al lado de él, todo cuanto daban mis piernas, como si hubiera tenido mucho apuro para ir á recibir mi correspondiente ración de golpes.

Al llegar á las primeras casas, nos encontramos unos grupos de mujeres, que huían espantadas, llevando niños en sus brazos y gritando: “¡Los cosacos! ¡Los cosacos! ¡Van á quemarlo todo, van á matar á todos!”

—¡Alto!—gritó Buchery.—¡Carguen las armas!

Yo me había apoyado en una esquina para respirar. Jamás me pareció tan imponente el rechinar de las baquetas, atacando los cartuchos en los cañones de los fusiles.

Los aldeanos salían de las casas con escopetas y con hoces. Cargadas las armas, corríamos tras ellos y al volver una esquina nos encontramos en la plaza de la Iglesia, donde nuestros húsares luchaban con unos cien jinetes de largas lanzas, vestidos de azul, anchos pantalones de franja punzó y negros talpacs de piel de carnero. Desde las ventanas, los habitantes del pueblo hacían nutrido fuego con sus escopetas, y una mujer vieja de acentuadas y energicas facciones, arrojaba sobre los enemigos los más extraños proyectiles como sartenes, platos, soperas, taburetes, marmitas, etc.

Al desembocar en la plaza, gritó Buchery:

—¡Alto! ¡Fuego graneado! ¡Arm...!

Pero no hubo tiempo para disparar un tiro, porque al vernos llegar los jinetes enemigos volvieron grupa á todo escape, salvo uno de ellos, que, por sus charreteras y su portapiques con guarniciones de plata, se daba á conocer como oficial. Había perdido su talpac en la refriega, y cuando pasaba huyendo bajo la ventana de la vieja de que antes hablé, ésta le había tirado un vaso de noche con tal tino, que entrándosele en la cabeza se le había encajado hasta la barba con tanta fuerza, que el hombre no podía sacárselo, y estaba sofocándose por momentos en tan apurada como grotesca situación.

Aprovechándose de sus esfuerzos y de su ceguera, un sargento veterano de húsares le tomó el caballo por la brida y nos trajo el prisionero, costándole gran trabajo contener á los paisanos que querían ahorrarle.

—¡Picaros! ¡Bandidos!—exclamaban, —todo lo han saqueado y querían prender fuego á la población.

—¡Silencio!—gritó Buchery, subido en los escalones del vestíbulo de la casa municipal.—Vamos á interrogarle.

(Sigue en la pág. 145)